

Común del aniversario de la Dedicación de una Iglesia
18° aniversario de la Dedicación de la Iglesia
Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe
La Crosse, Wisconsin
31 de julio de 2026

Ezequiel 43, 1-2. 3-7
Sal 84, 3. 4. 5. 10. 11
Hebreos 12, 18-19. 22-24
Lc 19, 1-10

Homilía

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Celebramos el decimo-octavo aniversario de la dedicación de esta Casa de Dios durante un año de aniversario importante para nuestra nación, los Estados Unidos de América: el 250° aniversario de la Declaración de Independencia. Al dar gracias hoy a Dios por su presencia entre nosotros aquí, en la Iglesia del Santuario, y por las numerosas gracias que, en este lugar santo, han manado del glorioso y traspasado Corazón de Dios Hijo Encarnado hacia los corazones de innumerables fieles, conviene reflexionar sobre la relación entre nuestra ciudadanía en el cielo — fruto supremo de la gracia divina— y nuestra ciudadanía en el estado y la nación durante los días de nuestra peregrinación terrenal. Nuestra reflexión es un ejercicio de la virtud del patriotismo en respuesta al Cuarto Mandamiento del Decálogo, por el cual «rendimos el debido honor a Dios y, en Él, a esos lazos terrenales a través de los cuales Él nos ha dado la vida, la cultura y las primeras lecciones de verdad y bondad».¹

En primer lugar, estamos profundamente agradecidos de vivir en un estado y una nación que respeta la libertad fundamental del hombre para practicar la religión, es decir, para mantener una relación correcta con Dios. Los firmantes de la Declaración de Independencia reconocieron claramente que la Nación creada por su acción debía ser temerosa de Dios y plenamente respetuosa de la ley divina. Llevaron a cabo su acción histórica «apelando al Juez Supremo del mundo por la rectitud de [sus] intenciones» y declarando «una firme confianza en la protección de la Divina

¹ Raymond Leo Cardinal Burke, *The Virtue of Patriotism*, Special Jubilee Edition (La Crosse: The Shrine of Our Lady of Guadalupe, 2026), p. 1.

Providencia».² Al establecer la Nación como una república democrática, los padres fundadores sabían que el futuro de la nación dependía de la práctica de la religión por parte de los individuos y las familias que constituían los distintos estados de la unión. Los ciudadanos que ignoran o violan la ley de Dios no practican el patriotismo y, especialmente en una república democrática, bien pronto destruyen a la Nación. La Nación, por lo tanto, protege y fomenta con razón la práctica de la verdadera religión. La peregrinación a un lugar santo es una de las devociones más poderosas de los fieles, que los lleva, a través de una experiencia extraordinaria de fe, a una comunión más estrecha con Dios en su vida cotidiana, incluido el cumplimiento de su deber cívico.

Al mismo tiempo, los lugares sagrados de peregrinación dependen de los bienes esenciales garantizados por el gobierno civil. Pensamos, por ejemplo, en el agua y la electricidad, en la asistencia de los funcionarios públicos en las oficinas del gobierno, y en el orden y la seguridad que nos brindan nuestras fuerzas armadas, la policía y los bomberos. Por eso, hoy es un día para que demos gracias a Dios por nuestro Estado y nuestra Nación, y por las autoridades cívicas locales que hacen posible que el Santuario funcione a diario en beneficio de los muchos que vienen aquí en peregrinación. Oramos por nuestra Nación y por nuestra comunidad local, así como por nuestros líderes cívicos nacionales y locales, para que puedan cumplir con sus deberes en obediencia a la ley divina que asegura el orden justo en la sociedad y fomenta la labor de la Iglesia en pro de la salvación de las almas.

Al celebrar el aniversario de la dedicación de la iglesia del Santuario durante el 250° aniversario de la Declaración de Independencia, también estamos profundamente conscientes de la misión del Santuario de ser un poderoso signo de la presencia de Dios en medio del mundo. Somos conscientes de las fallas de nuestro gobierno y de las fuerzas que amenazan y comprometen el ejercicio de los «derechos inalienables» a «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».³ En el popular himno patriótico «America the Beautiful», cuya letra fue publicada por Katharine Lee Bates el 4 de julio de 1895, oramos por nuestra Nación: «¡America! ¡America! Dios, repara cada uno de tus defectos, confirma tu alma en el autocontrol, tu libertad en la ley»⁴. Nunca debemos olvidar que las autoridades civiles necesitan, más que nada, tener una relación correcta con Dios,

² “Appendix: The Declaration of Independence” in Matthew Spalding, *The Making of the American Mind: The Story of Our Declaration of Independence* (New York/London: Encounter Books, 2025), p. 241. [Declaration of Independence].

³ Declaration of Independence, p. 237.

⁴ Katharine Lee Bates, *America the Beautiful*, and Edward A. Collier, *O Peerless Flag* (Boston: Oliver Ditson Company, 1917), p. 3.

y debemos reconocer el servicio particular que brinda un lugar santo de peregrinación al ayudarlas a conocer la ley de Dios y a ponerla en práctica en su servicio al Estado y a la Nación. Las fallas de nuestra Nación a la hora de salvaguardar y fomentar «la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad»⁵ al servir a la libertad mediante la promulgación de leyes justas, solo pueden corregirse mediante una conversión diaria a Dios.

En el relato evangélico, Zaqueo, un jefe de recaudadores de impuestos, se subió a un sicómoro para ver a Jesús. Es evidente que su deseo de ver a Jesús no era algo ocioso ni superficial. Buscaba a Dios y la reforma de su vida pública de acuerdo con la ley de Dios. Cuando Jesús acogió el deseo de Zaqueo de conocerlo, le reveló que, de hecho, Dios lo estaba buscando primero a él y a su amor. El encuentro con Jesús inspiró en Zaqueo una profunda conversión. Él declaró a Nuestro Señor: «He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado».⁶ Nuestro Señor respondió:

Hoy ha venido la salvación a esta casa; por cuanto él también es hijo de Abraham. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.⁷

Es esencial que este Santuario, fiel a su misión de lugar santo de peregrinación, atraiga a los peregrinos a la Iglesia del Santuario, la Casa de Dios, pues, como se reveló en la visión del profeta Ezequiel, «la gloria del Señor» llena su santo templo.⁸

A través de la belleza de la Iglesia del Santuario, Jesús invita a los peregrinos a encontrarse con Él, bajo la guía de su Madre Virgen, Nuestra Señora de Guadalupe, mediante la oración y, sobre todo, a través de los sacramentos, especialmente la Penitencia y la Sagrada Eucaristía. El encuentro con Nuestro Señor en la Iglesia del Santuario es una anticipación de nuestro destino final: la liturgia eterna del Cielo. Aquí experimentamos nuestra vocación última «a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel».⁹ Aquí, en el encuentro con Cristo, experimentamos nuestra comunión en su

⁵ Declaration of Independence, p. 237.

⁶ Lc 19, 8.

⁷ Lc 19, 9-10.

⁸ Ez 43, 5.

⁹ Heb 12, 22-24.

Cuerpo Místico, la Iglesia militante, sufriente y gloriosa: nuestros hermanos y hermanas en Cristo aquí en la tierra, en el purgatorio y en el Cielo.

Hoy, recemos de manera especial para que quienes tienen la responsabilidad de nuestro estado y nuestra nación, imitando a Zaqueo, entren aquí en busca de Jesús, en busca de la misericordia de Dios, con la ayuda de la Virgen Madre de Dios, Nuestra Señora de Guadalupe, quien infaliblemente nos conduce a su Divino Hijo, tal como lo hizo con los sirvientes en las bodas de Caná, con la instrucción: «Haced todo lo que os dijere»¹⁰, palabras inscritas en la piedra angular de esta iglesia santuario. En estos tiempos en que grandes males amenazan a nuestra nación, Nuestro Señor Jesús, por medio de su Virgen Madre, busca encontrarse con quienes tienen a su cargo el bien común para otorgarles la gracia necesaria para practicar la justicia en la búsqueda de la paz. Oremos para que muchos de nuestros líderes cívicos busquen a Nuestro Señor aquí, un lugar santo en el que Él los está buscando, y, de ese modo, abracen la conversión diaria de la vida que su servicio exige. Oremos, de manera especial, para que la Iglesia Santuario y la Casa de Peregrinos San Juan Diego, que pronto se terminará de construir, sean instrumentos de las muchas gracias que nuestra Nación necesita.

Antes de la bendición final, investiré a algunos de nuestros fieles acólitos como Pajes y Caballeros de los Caballeros del Altar de Nuestra Señora, el cuerpo de jóvenes que, como acólitos, sirven directamente a Nuestro Señor en Su altar aquí, bajo la guía maternal de Su Virgen Madre, Nuestra Señora de Guadalupe. Que aquellos que serán investidos se fortalezcan cada vez más en su servicio a Nuestro Señor en el altar de Su sacrificio, y que cada aspecto de sus vidas refleje la santidad de su servicio a Nuestro Señor como Caballeros de Nuestra Señora. Que pidan diariamente la intercesión de Nuestra Señora, Madre de Nuestro Señor y su Madre Celestial, al responder a la gracia de servir en el altar de Nuestro Señor.

Cristo descenderá ahora de su trono a la diestra de Dios Padre hasta el altar de su templo aquí, para hacer sacramentalmente presente su sacrificio en el Calvario. Nos invita a ser uno con Él en su sacrificio y a recibir su fruto incomparable: su Cuerpo, su Sangre, su Alma y su Divinidad —el Pan del Cielo que nos nutre espiritualmente a lo largo del camino de nuestra peregrinación terrenal hacia nuestro hogar eterno con Él. Llenos de gratitud por este lugar santo en el que Nuestro Señor habita con nosotros, oremos, de manera particular, para que sea un faro de Su verdad y amor

¹⁰ Jn 2, 5.

para nuestro estado y nuestra nación, y, de manera especial, para los líderes gubernamentales en su servicio al bien común. Unidos al Inmaculado Corazón de la Virgen de Guadalupe, entreguemos ahora nuestros corazones por completo al glorioso y traspasado Corazón de Jesús, abierto para recibirnos en el Sacrificio Eucarístico. Así que podamos obtener bendiciones para todos nuestros hermanos y hermanas en el Cuerpo Místico de Cristo, bendiciones para nuestra amada patria.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Cardenal Raymond Leo BURKE